

# **Un Análisis Crítico del Discurso Político y la evaluación del impacto emocional que éste tiene en las personas: la realidad *Chilensis***

**Dr. Franco Lotito Catino**

## **ABSTRACT**

El objetivo principal de este artículo - cuyo corpus de investigación está constituido por los artículos periodísticos de corte político publicados en el diario La Tercera desde el mes de enero hasta septiembre del año 2008 -, es intentar aclarar temas tales como la sinceridad, el recto actuar, la corrupción, la honestidad y el acto de la manipulación en el proceso comunicativo que utilizan, en general, los grupos políticos de nuestro país. Se busca realizar, de preferencia, y en forma paralela, tanto un análisis crítico del discurso del "*Homo Politicus Chilensis*" en cuanto al efecto de persuasión que éste intenta ejercer sobre la audiencia que lo escucha, así como también analizar las desconocidas y devastadoras consecuencias emocionales que tienen, a nivel orgánico y psicológico, los diversos tipos de actos discrepantes, conductas incoherentes (entre lo que dicen y lo que hacen los políticos), los discursos demagógicos y las estrategias manipulativas (agenda oculta incluida) que utilizan los también llamados "animales políticos" de cualquier país.

*Palabras clave:* discurso político, estrategias manipulativas, incoherencia, demagogia, daño emocional.

## **1. LA POLÍTICA: ¿UN TEMA DE "CALIDAD" O UN TEMA DE PRINCIPIOS VALÓRICOS?**

Muchas veces, tanto el público general como también el especializado - analistas políticos, sociólogos, periodistas, otros políticos del bando opuesto (y del propio también), politólogos, etcétera -, advierten y se dan cuenta, que el discurso público de algunos exponentes de estos grupos ideológicos es muy distinto al discurso y a las conductas que emiten en privado. En ocasiones, es

incluso totalmente contradictorio. La importancia de dejar establecida esta primera afirmación, se vincula estrechamente con otra realidad no menos relevante: el poder tomar conciencia acerca del fuerte impacto emocional que estos discursos y conductas discordantes y discrepantes pueden, eventualmente, tener sobre la cognición, el ánimo y la salud emocional de las personas que deben observar, escuchar y vivenciar en relación con los sujetos políticos.

Esta incoherencia entre el discurso y la realidad por parte de los sujetos políticos se advierte, especialmente, en aquellas ocasiones en que aparece algún periodista tras alguna noticia o reportaje, un entrevistador que desea realizar una nota, o surge en el horizonte el efecto magnético de una cámara de televisión y, al mismo tiempo, existe la presencia de personas que están dispuestas a escuchar lo que el sujeto político (o el representante de un partido político determinado) desea comunicar.

La máxima efervescencia se alcanza cuando este público pudiese estar deseoso de oír algunos cantos de sirenas por parte de estos políticos, que le permitan, a su vez, reprimir y olvidar su propio estado de malestar, frustración, desesperación o impotencia frente a su particular - y miserable - rutina y realidad diarias. Un similar efecto transformador (tanto en el emisor como en el receptor del mensaje) acontece, cuando estos elegidos del pueblo lanzan sus proclamas y sus encendidos discursos para una galería un poco más aguerrida, buscando enfervorizar a esta masa anónima, tocar las fibras sensibles del público presente y agitar los ánimos de quienes los escuchan, al igual que lo hacen - en distintos contextos y niveles emocionales - las bandas de rock, los equipos rivales en un partido de fútbol, los trapecistas de un espectáculo circense o un boxeador noqueando en el cuadrilátero a su contrincante.

El ejemplo clásico - y al extremo - de este tipo de experiencias “incendiarias” son las cuidadosas puestas en escena que en su momento ofrecieron a un público enfervorizado personajes históricos como Adolf Hitler, Benito Mussolini, Josef Stalin, Mao Ze Dong. Los documentos y filmaciones de la época así lo evidencian. Hoy en día, el presidente Hugo Chávez de Venezuela (y otros émulos del mismo) refleja muy bien el uso de un discurso político agresivo,

violento y descalificador hasta el extremo, discurso que acomoda, sin ningún tipo de reparos ni decoro personal, según circunstancias y auditorium (sin preocuparse en lo más mínimo del daño que está causando a su país y su gente, así como también a otras naciones vecinas).

Para qué hablar de las miles de declaraciones hechas a diestra y siniestra por los diversos partidos políticos y sus representantes - enfatizando su “genuino interés por la transparencia y la verdad” -, así como del uso indiscriminado de discursos demagógicos que suelen hacer estos sujetos en forma habitual en el hemiciclo del congreso nacional o en los mitines partidistas.

Es preciso señalar que da exactamente lo mismo, el hecho que las personas que utilizan estas fórmulas y estrategias pertenezcan a partidos de derecha, de la izquierda o del centro del espectro político, o bien, que estas personas ya estén instaladas y al mando del gobierno, o que se encuentren en el partido de la oposición. El resultado final - salvo pequeños matices -, redundará casi siempre en lo mismo. Tanto es así, que un famoso esclavo de la Grecia antigua, Fedro, se inmortalizó a sí mismo en la historia por medio de una frase, cuyo contenido planteaba que “en un cambio de gobierno, el pueblo rara vez cambiaba de otra cosa que de amo”.

A la política, como actividad, diversos expertos la definen - tal vez en forma algo idealizada - como el arte de administrar en forma criteriosa los asuntos públicos de un país, o bien, como aquel conjunto de actividades, que impregnadas de ciertos principios y valores, están orientadas a dirigir sabia y responsablemente los destinos de una nación. No obstante lo anterior, estos admirables principios, con el transcurso del tiempo y con la práctica milenaria de esta actividad, al parecer, la política ha sufrido algún tipo grave de teratogénesis, es decir, una severa degeneración o “mutación genética”, transformándose, hoy en día, en el equivalente a la realización de un simple acto politiquero y de su derivado, complemento y ejecutor, el politicastro.

El politicastro es aquél político inepto, escurridizo y movido por viles propósitos, el cual, investido de ciertos poderes otorgados por la ciudadanía de un país, se dedica, en forma prioritaria, a realizar intrigas y maquinaciones de diversa naturaleza, ya sea en contra de los individuos pertenecientes a las filas

opositoras, en contra de los adherentes de su propia coalición y partido (y lo que ya no resulta para nada inusual: contra ambos al mismo tiempo), y finalmente, en contra de los intereses y el bienestar de los ciudadanos que los han elegido para dirigir (y mejorar) sus destinos. Aquí cabe especialmente, mencionar el infaltable concepto de la corrupción, el cual, en general, está definido como aquel beneficio que se obtiene en forma privada y personal a través del ejercicio de un cargo público, y que en muchos países se convierte en una suerte de plaga transversal que contamina y corroe hasta los cimientos mismos de cualquier democracia (Sanhueza y Lotito, 2011).

Muchas veces se habla incluso de la existencia de una “cultura de la corrupción”, una frase que surge desde distintas tiendas políticas, y no sólo - como pudiera creerse - desde las trincheras de la oposición al gobierno de turno. A decir verdad, el acto de la corrupción - contraviniendo al recto actuar y conducta individual o grupal - resulta ser un hecho real que ya no se puede seguir negando, y se la encuentra a nivel intrapartidista, interpartidista y supranacional. En un ingenioso estudio de esta lacra sociocultural, los economistas R. Fisman y E. Miguel (2007) propusieron una forma simple y efectiva de verificar hasta qué grado se puede hablar - con propiedad - de la existencia de “culturas de la corrupción” y decidieron estudiar lo que sucedía en Nueva York hasta el año 2002 con los diplomáticos acreditados en las Naciones Unidas en relación directa con las multas de tránsito (habitualmente por mal estacionamiento) que estos honorables solían dejar impagas, puesto que, por el hecho de gozar de inmunidad diplomática no había legislación alguna que permitiese recaudar los montos de estas multas, obligándolos a pagar. Muy grande fue la sorpresa cuando los investigadores establecieron que entre el año 1997 y el 2002 estas personas pertenecientes a 150 países bajo estudio acumularon la friolera de 150.000 multas impagas por un monto superior a los 18 millones de dólares. Y si bien esta suerte de impunidad de facto incluye, por definición, a todos los diplomáticos en cuestión, el segundo gran descubrimiento fue aún más llamativo, por cuanto en el comportamiento de los diplomáticos se advirtieron diferencias sustantivas: los representantes de aquellos países que gozaban de los más altos índices de corrupción eran aquellos que mostraban el

mayor número de multas impagas por año, encumbrándose esta cifra hasta en 150 multas impagas por diplomático, en tanto que aquellos diplomáticos que provenían de países más desarrollados y con menores índices de corrupción, exhibían una, o bien ninguna multa impaga.

Teniendo este estudio presente, se podía hacer ahora una inferencia al revés, es decir, analizar los resultados de la investigación, detectar cuántas multas pagas o impagas tiene el diplomático del país en cuestión y determinar así su grado de corrupción. Una de las grandes conclusiones de estos investigadores, es que en aquellos países donde la corrupción y todos sus síntomas que la acompañan son combatidos más fieramente, estas naciones desarrollan una cultura de honestidad, lo que trae como una consecuencia del recto aprendizaje, que sus representantes y diplomáticos ante otras naciones tiendan a comportarse de una forma no corrupta ni desviada, aún cuando su investidura diplomática les garantiza la absoluta impunidad si optan por desviarse de los principios y de la normas del recto actuar. Por oposición, se constató que aquellos individuos que han crecido y vivido en ambientes sociales donde las normas estrictas contra este tipo de prácticas brillan por su ausencia, éstos tendían, en forma consistente, a replicar la conducta corrupta importada e impropia desde sus países de origen, fueran éstos países africanos, latinoamericanos, europeos o asiáticos.

Para el caso específico de Chile la conclusión fue más bien penosa y lamentable, ya que sus diplomáticos reprobaron, casi sin excepción, el famoso examen de la blancura al que fueron sometidos, por cuanto, a pesar de disfrutar el país de la distinción de estar considerado entre los países menos corruptos del mundo - de acuerdo con apreciaciones del Banco Mundial - los diplomáticos chilenos se ubicaron en el puesto 107 (de 150 países) en relación con el número de multas impagas, con un promedio de más de 16 multas por año sin pagar. Es decir, salió mucha suciedad después del lavado al que fueron sometidos. Más de la esperada.

En este contexto, es necesario destacar, asimismo, el tema de la demagogia, la cual, como concepto, debe ser entendida como la versión más o menos corrupta de un gobierno considerado democrático, que consiste en

halagar al pueblo con múltiples promesas e ilusiones, con el propósito de dominarlo y someterlo. Más aún. Algunos diccionarios técnicos consignan como un objetivo del acto o discurso demagógico el “someter tiránicamente” al pueblo que gobiernan.

Se sobrentiende que estas promesas, generalmente, estarán llenas de palabras muy nebulosas y plenas de fantasías, muy alejadas de la vida real, en un verdadero compendio de hipocresía y cinismo. Un primer ejemplo puntual y preciso de lo que aquí se plantea, se vincula con un proyecto de ley que el gobierno ha remitido en fecha reciente al Congreso con el objetivo de incrementar el financiamiento público a la política, por la vía de otorgar un aporte fiscal anual a los partidos políticos hegemónicos en una iniciativa que fue calificada públicamente por el gobierno de turno como una **“agenda sobre calidad de la política”**<sup>1</sup>.

El proyecto aparecía como muy atractivo, sin embargo el significado último de éste implicaba, en realidad, seguir subsidiando con miles de millones de pesos a los partidos políticos, a sus representantes y cuadros directivos, más allá de otras acciones y proyectos que pudiesen beneficiar en forma directa a aquellos ciudadanos del país mucho más necesitados que estos grupos elitarios.

A lo anterior, se suma el hecho que el dinero sale, entre otras fuentes, de los bolsillos de la misma gente necesitada, para, supuestamente, “mejorar la calidad de la política”. Algunas preguntas que surgen en forma natural son: ¿Quién realizó y cómo fue evaluada la viabilidad y coherencia de un proyecto semejante? ¿Qué aspectos específicos de la política contingente se pretendía mejorar? ¿En qué se beneficia exactamente el país y su población con esta iniciativa? Esta supuesta “mejora” ¿con qué estándares o parámetros de medición será comparada? ¿Qué deberá entender el ciudadano común por **“calidad de la política”** cuando no existe un referente de este tenor con el que el resultado final de este objetivo pueda ser examinado y comparado? ¿Quién o quiénes serán los encargados de controlar los recursos destinados a esta nueva inversión? ¿Cuáles serán los índices de gestión que se utilizarán para verificar si

---

<sup>1</sup> Diario La Tercera, 22 de mayo de 2008.

el proyecto está dando los resultados esperados, y que los dineros no terminarán siendo desviados hacia otros fines más terrenales (y también particulares)? Finalmente, una pregunta que incluye a todas las otras: ¿cómo nos aseguramos todos de entender lo mismo acerca de lo que significa e implica este proyecto o programa de “calidad de la política”?

La razón de fondo de esta pregunta es muy simple, ya que la calidad de la política, como tema de fondo, debería, necesariamente, asociarse a diversos valores como la honestidad, la rectitud, la sinceridad, etcétera, valores que difícilmente pueden ser enseñados en un instituto profesional, universidad o escuela de gobierno y, salvo los cursos que se dictan en torno a la ética, no existe universidad alguna que enseñe expresamente las asignaturas de “Honestidad”, “Rectitud”, “Coherencia interna” y otras de similar tenor.

Se dice que los valores no existen, sino que *SON*, y que éstos se aprenden a través de los buenos ejemplos y del testimonio diario, por cuanto, disponer sólo de buenas intenciones puede ser un gesto tremendamente melodramático, pero igualmente fútil e inútil. La sabiduría popular destaca, en forma muy acertada, que el camino hacia el infierno (o hacia el abismo y la sima interna, si se prefiere) está plagado de buenas intenciones. Por otra parte, se afirma que los valores son entes ideales que logran su realidad existencial cuando se convierten en acción. En los círculos de los entendidos se plantea que los valores no se pueden enseñar - como sí se hace, por ejemplo, con la 2ª Ley de la Termodinámica en la física o con la Ley de la Oferta y la Demanda en economía -, a través de un hermoso gráfico en que se hacen jugar todas las variables que podrían cambiar los resultados... dependiendo de las cifras que se introducen en la ecuación. Aquí tenemos, entonces el primer gran problema.

El segundo gran problema se relaciona con el hecho que los valores se dan en el plano afectivo y no en el plano intelectual-cognitivo: no basta con entender y definir cognoscitivamente qué es un valor, si no va acompañada de una conducta congruente y equivalente.

El tercer y último gran problema radica en la actuación y ejemplos vicarios que recibimos directamente de aquellos, quienes, supuestamente, nos plantean la necesidad de mejorar la calidad de la política, transformándose la frase en

una verdadera contradicción en sus términos. Letra muerta también podría ser una buena expresión.

Sólo como un botón de muestra: la Fundación Museo Vivo que fue parte del programa de Gobierno “Fondos de Fortalecimiento de la Sociedad Civil” presentó, a raíz de una auditoría, boletas y facturas donde aparecían cuentas por compras de pañales, chupetes, toallas húmedas, cervezas, masajes y usos de SPA como una forma de justificar la entrega de fondos por \$12,6 millones de pesos para un proyecto denominado “Galerías de Encuentros para la Multidiversidad Ciudadana”. Un nombre casi tan rimbombante como el de “Agenda Sobre Calidad de la Política”.

La siguiente interrogante que surge en forma natural y paralela a las otras es ¿cómo debe sentirse aquel padre de familia (o jefa de hogar) al escuchar tal o cual discurso por parte de los políticos y autoridades de gobierno acerca de multimillonarios proyectos de “mejoramiento de la calidad de la política” cuando este trabajador(a) sabe con certeza, que aún cuando trabaje incansablemente día y noche, no estará en grado jamás (por lo menos a corto y mediano plazo) de poder entregarle a sus hijos la mínima “**calidad de vida**” que éstos se merecen, en cuanto al nivel de educación, salud, vestuario y alimentación requerida? (Que a todo esto, sólo constituyen las ¡necesidades básicas! de una familia normal).

La respuesta a lo anterior es muy simple y directa: **las personas se sienten burladas y atropelladas en sus derechos; hay rabia, indignación y resentimiento hacia este grupo de élite** que es capaz de pasar - en un estilo muy olímpico - por encima de los demás, sin el menor asomo de asco ni vergüenza. (Tengamos presente, que la voz francesa ‘élite’ alude específicamente a un grupo de personas pequeño y altamente seleccionado, pero que no necesariamente está basado en sus bondades o grandes cualidades personales). Lo peor de escuchar y leer discursos que discriminan entre los ciudadanos de primera y aquellos de segunda categoría es el indiscutible impacto negativo que tienen todas estas emociones en la salud física y mental de los sujetos afectados.

La respuesta directa la entregan los mismos afectados: las personas y ciudadanos de Chile. En un reciente estudio realizado por la Fundación Futuro<sup>2</sup> se puso en evidencia que la percepción del “chileno en general” es bastante crítica en relación con la honestidad que se percibe en nuestro país, reflejando - a través de sus opiniones - que el 78,3 por ciento de los encuestados **“piensa que los chilenos son más deshonestos que hace 10 años”**; el **28 por ciento de ellos estaría dispuesto a utilizar horas de trabajo para hacer “pitutos”** particulares; en tanto que **“uno de cada cuatro” encuestados contrataría a un amigo** en lugar de contratar a alguien que fuera apto y competente para el puesto o cargo disponible. Opinión clara y precisa.

Se asevera que las estadísticas son bastante certeras y que pueden ser extrapoladas a cualquiera otra materia o realidad nacional de igual tenor, mientras la muestra sea representativa. Ésta muestra **era representativa**. Las conclusiones parciales no son muy difíciles de extraer: si aquellos que no tienen poder alguno, ni tampoco capacidad de influencia están dispuestos a cometer este tipo de actos poco transparentes y deshonestos... ¿qué podría esperarse de aquellos individuos, que además de tener poder e influencia, también hacen las leyes y gobiernan a una nación? La respuesta también la dan los propios encuestados: un 54,5 por ciento de ellos expresa que **“no se puede ser 100% honesto y tener éxito en la política”**. Es decir - de acuerdo con la opinión mayoritaria - se requiere, necesariamente, ser deshonesto para ser un político exitoso. La voz y la conciencia del pueblo.

## **2. EL CASTING DEL ENGAÑO Y LA MANIPULACIÓN COMUNICACIONAL**

Cuando los políticos realizan sus campañas de proselitismo, buscando ser elegidos (o reelegidos) como concejales, alcaldes, diputados, senadores y presidentes de una nación, resulta importante analizar el uso discursivo que todos estos individuos hacen de las calculadas y muy estudiadas poses

---

<sup>2</sup> Diario La Tercera, 18 de septiembre de 2008.

fotográficas y puestas en escena (a través de declaraciones públicas, comunicados, ruedas de prensa, convocatorias, cartas abiertas, etcétera), rodeados de hombres y mujeres agradables, con amplias sonrisas en sus caras, con grupos de niños en los cuales se advierte una exultante alegría y felicidad... tan sólo por el hecho de estar al lado de este semi-dios y super-hombre (o *superwoman*) que le traerá el bienestar total sobre la tierra.

Pero... (siempre los peros) a veces estas puestas en escena fallan en forma deplorable y vergonzosa, como por ejemplo, cuando se inaugura - con bombos y platillos -, un hospital muy esperado por la comunidad, para, posteriormente, constatar que sus camillas e infraestructura mínima han sido “prestadas” por otro hospital de la zona; los “enfermos” que allí se encuentran a la espera de ser “visitados” y reconfortados por las autoridades que inauguran el edificio son sólo funcionarios municipales que sirven de fachada y de utilería; o advertir que los costosos equipos médicos de gran tamaño no pueden ser ingresados a los pabellones... porque las puertas de ingreso del recién construido hospital han sido mal diseñadas (y hay que echar abajo las murallas para permitir el acceso de éstos); los permisos y autorizaciones legales para poder funcionar como institución de salud no existen (y tampoco han sido tramitadas).

Y así sucesivamente, con una serie de falsedades, mentiras e hipocresías que terminan por poner en evidencia el engaño a la fe pública. Todo esto constituye una falta grave al recto actuar que se espera de las autoridades que nos representan. Lo anterior, a pesar de las habituales proclamas, repetidas hasta el cansancio de quienes las escuchan, de querer luchar por la “transparencia, la justicia y la verdad”. La doble desgracia de este aciago y fallido proceso de inauguración del hospital de Curepto - que podríamos indicar como la versión chilena mejorada del Potemkin<sup>3</sup> ruso - es que los Gobiernos de nuestro país, en general, aparecen casi obsesionados en utilizar una política comunicacional que los muestre como un gobierno ciudadano, accesible y

---

<sup>3</sup> Según la historia, en el año 1787 el mariscal Potemkin, organizó para la zarina Catalina la Grande un viaje a su provincia, razón por la cual, ordenó levantar fachadas de utilería de casas y construcciones falsas a lo largo del camino que recorrería la Zarina para efectos de impresionarla ante tanta maravilla.

cercano a su pueblo, aunque para lograr este objetivo tengan que pasar por encima de aquellas personas a las cuales pretenden acercarse.

Poner en escena la fachada de una inauguración de un hospital como una forma de atraer votos y simpatías (que, por lo demás, nunca debió haber sido realizada en la forma en que se hizo), no es, precisamente, practicar una sana y saludable política, ya que luego de que se negó - en su momento - en forma indignada, pertinaz y acalorada tal situación, las pruebas de todo lo contrario fueron cayendo por su propio peso, una tras otra, situación final que dejó en evidencia el “*casting* del engaño”, a raíz de lo cual, se le exigió la renuncia, entre otros, al Intendente Regional, responsable, supuestamente, del montaje de la inauguración. El Intendente, por su parte, negó en forma rotunda haber tenido algo que ver con este hecho. Las preguntas que se instalan en forma automática son... ¿quién o quiénes lo hicieron entonces? ¿Cuántos sabían de la farsa que se estaba llevando a cabo? ¿Quién es (o fue) el verdadero responsable del asunto?

Tanto en el área de la psicología como en la sabiduría popular existe un cuasi dogma de fe que plantea que la injusticia repetida genera violencia y que la rabia y la ira acumulada generan agresión. Cuando se suman ambas, las consecuencias pueden ser gravísimas. La historia de la humanidad está llena de este tipo de acontecimientos, y se recomienda, que de la historia hay que aprender.

Todos los aspectos mencionados anteriormente, junto con quedar expuestos en forma clara ante los ojos inquisitivos de un público indignado y que se siente traicionado por aquellos en quienes ha puesto su confianza, adquieren pleno significado cuando se establece, de manera previa, que **analizar un determinado tipo de discurso (o acto discursivo), implica, necesariamente, una atenta lectura, observación y escucha crítica (a las implicaturas del mensaje, los tonos de voz utilizados, cuándo y dónde se hace el comunicado o la declaración, el lenguaje corporal utilizado y las señales emocionales que pudiesen estar asociados a todos estos factores) del discurso en cuestión, con el objetivo primordial de filtrar - dentro de lo que esto es posible y factible de realizar - la información contenida en él, y**

permitir el distanciamiento entre las palabras (y las emociones subyacentes) del emisor del mensaje y de aquél que lo escucha (mira o lee), con el fin de poder concentrarse en la intencionalidad de éste y “traducir” e interpretar qué es lo que realmente desea hacer u obtener esta persona de aquél que lo está escuchando, es decir, del receptor final del mensaje. La denominada - y siempre temida - agenda oculta. La agenda secreta (u oculta) hace referencia a aquel acto intencional de esconder al otro los verdaderos objetivos del propio decir y actuar.

Quizás sea de utilidad mencionar que existe una investigación publicada recientemente bajo el título “*Superclass*” realizada por David Rothkopf (2008), en la cual asevera (para espanto de quienes usamos nuestras células grises) que alrededor de ¡6.000 personalidades públicas! pertenecientes a la élite mundial del ámbito político, económico, científico, religioso y militar, rigen y gobiernan en base a: sus discursos, sus relaciones interpersonales con otros de sus iguales, sus intenciones y a la comunicación que hacen de éstas (para bien o para mal), los destinos de casi siete mil millones de almas de este planeta llamado Tierra. Nada más y nada menos. Rothkopf postula en su libro que este “selecto” grupo de personas tiene la habilidad y medios suficientes para influir - en forma regular - en la vida de millones de personas en múltiples países (Rothkopf, 2008). Interesante de acotar, al respecto de esta situación, es considerar el planteamiento de dos investigadoras del análisis del discurso, Calsamiglia y Tusón (1999: 183), quienes expresan, que desde “la perspectiva discursiva, la comunicación se entiende como **un proceso de interpretación de intenciones**”, donde la mayoría de estos sujetos - anticipándose a esta situación - intentarán, de una u otra forma, disfrazar ante el público que escucha sus verdaderas y ocultas intenciones, con el objetivo final y egoísta de hacer prevalecer sus privilegios de grupo selecto.

Destaquemos que el objetivo principal del presente análisis es ir detectando - y poniendo en evidencia - la presencia de algunos actos repetidos e inaceptables por parte de estos grupos sociales privilegiados, al mismo tiempo que intentar focalizar la atención en hechos, actuaciones, declaraciones y decisiones inconvenientes (por decirlo de una forma muy suave) que indiquen y

muestren el abuso del poder y de dominación por parte de la élite política de todos los colores por sobre quienes no pertenecen a ella, queriendo situarse este ensayo en una postura y actitud de disentimiento y resistencia, con el propósito de poner en evidencia situaciones que no deben aceptarse de una manera tan dócil o de forma tan sometida por parte del público, por cuanto, otra de las características que distingue a estos grupos políticos y de poder, es, a menudo, el tono tremendamente condescendiente y paternalista que adoptan con la ciudadanía, pensando que los componentes de esta última seríamos casi todos algo retardados mentalmente en cuanto al nivel de inteligencia y capacidad de comprensión se refiere, o bien, que podríamos estar sufriendo en forma severa y habitual las consecuencias de algún tipo de proceso arterio-esclerótico de declinación mental. La realidad demuestra otra cosa.

### 3. DEL CONTROL DE LA MENTE AL CONTROL DE LAS ACCIONES

Resulta importante comenzar este nuevo apartado destacando algunos aportes individuales al ACD, especialmente cuando se desea tocar temas tan álgidos como lo son aquellos aspectos referidos a las comunicaciones, a la vida social y política de un país. En este sentido, Pilleux, quién, junto con expresar que el “ACD es el estudio del uso del lenguaje en las relaciones sociales”, nos plantea, asimismo, que los **“vertiginosos cambios económicos, sociales, culturales y comunicacionales que se han producido especialmente en las tres últimas décadas han afectado, en mayor o menor grado, la vida personal y social de todos los ambientes del planeta”** (Pilleux, 1998: 37). Este investigador, cuyo pensamiento parece conducirnos a un lugar común, no deja de tener mucha razón, especialmente si consideramos el fenómeno de la globalización, en que todos nosotros - en mayor o menor grado - estamos afectando y siendo afectados, a su vez, por todas las demás personas (se quiera aceptar como realidad o no), a sabiendas de lo cual, aquellos países más “desarrollados” (en realidad los más ricos, los más poderosos y los más militarizados) han tomado la batuta y han comenzado, simplemente, a dirigir y

orquestrar los cambios de acuerdo con sus necesidades, deseos, imposiciones, requerimientos y directrices.

Por su parte, el investigador van Dijk, en uno de sus tantos artículos expresa claramente que “nuestras mentes controlan nuestra acción; luego si somos capaces de influenciar la mentalidad de la gente, p.e. sus conocimientos o sus opiniones, podemos controlar indirectamente (algunas de) sus acciones” (van Dijk, 1999: 26). Los distintos gobiernos, ya sea directamente, o a través de sus presidentes, ministros y los representantes de los partidos políticos hegemónicos, lo que hacen, justamente, es controlar, y muchas veces distorsionar y manipular la información contenida en los discursos políticos y mensajes a la nación, a sus ciudadanos y a la gente en general.

Van Dijk (1999, 2006)), Farr y Moscovici (Cit. en van Dijk, 1999) nos ilustran al respecto de este tipo de situaciones, cuando señalan, que los diversos enfoques o ideologías a las que adhieren ciertos grupos de personas, aluden a “creencias que poseemos en común con otros miembros del mismo grupo o cultura” (van Dijk, 1999: 186), las cuales, en oportunidades, son descritas como “representaciones sociales”, y que resultan ser compartidas por (y con) otros actores sociales, **transformándose de este modo en una suerte de ideología básica con normas y principios claramente definidos para ese grupo en particular (y que no necesariamente son compartidos - ni desean serlo - por otros grupos sociales)**. Althusser, por su parte (Cit. en Fairclough y Wodak, 1998: 371), plantea que la ideología no es “un reino nebuloso de ‘ideas’, sino algo estrechamente vinculado a prácticas materiales inmersas en las instituciones sociales”. Y en este tema y caso específico del discurso político, no cabe duda alguna que estamos frente a múltiples y diversos referentes sociales muy particulares, con intereses también muy particulares, empeñados en lograr que las cosas se hagan de un determinado modo, y ojalá, a “su completo gusto y gana”, dando lo mismo si el partido político cuestionado por sus métodos poco ortodoxos se encuentra al mando del gobierno o en la oposición: ambos grupos se interferirán el uno al otro y se boicotarán de tal forma de intentar salir vencedores aunque con ello todos terminen perdiendo, incluyendo a quienes, supuestamente, desean beneficiar: el país y su gente. El

lema o principio que rige es: “yo tengo que ganar a costa tuya”, o bien, “los dos terminaremos perdiendo, pero no pienso en dejarte ganar...”, aunque el objetivo final que se desea lograr pudiese ser loable y beneficioso para la comunidad en general.

Dado el hecho que los discursos presentan diversas estructuras que pueden ser analizadas de múltiples “maneras dependiendo de las distintas perspectivas generales (lingüística, pragmática, semiótica, interaccional, etc.) o el tipo de género analizado, por ejemplo conversación, informes de noticias, poesías o los anuncios publicitarios” (van Dijk, 2001: 3), entonces cada uno de estos factores puede estar vinculado al proceso dinámico de interacción entre los miembros de los distintos grupos implicados en una relación particular (gobierno-ciudadanía, político-seguidor, político-oponente, por ejemplo), a saber: **el tipo de léxico utilizado, el significado local de las expresiones u oraciones usadas, el significado global del discurso o temas tocados, el uso de esquemas y diversos dispositivos retóricos que éstos tienen a su disposición, etc.**, (cfr. van Dijk, 2001, 2006, 2011).

Todo lo anterior, calza perfectamente con las técnicas y metodologías demagógicas utilizadas por los representantes de estas ideologías (y de cualquier otro tipo de ideología) con el objetivo de encantar (y muchas veces engatusar y reprimir) al público que escucha, llevándolo por caminos algo tortuosos que éste no tenía intenciones de transitar. Es decir, la demagogia y la política vistas como aquél arte de ganar la voluntad de alguien con falsos halagos y atenciones con el consabido fin de obtener algo que a él (o a ella) le interesa en forma particular: obtener más poder, más influencia, más margen para maniobrar contra sus pares de la oposición y contra aquellos que no pertenecen a su grupo y a su círculo elitario más cercano (o de hierro).

Al respecto, Fairclough y Wodak son muy precisos cuando expresan que:

“El ACD interpreta el discurso - el uso del lenguaje en el habla y la escritura - como una forma de ‘práctica social’. El hecho de describir el discurso como práctica social sugiere una relación dialéctica entre un suceso discursivo particular y las situaciones, instituciones y estructuras que lo enmarcan.

Ahora bien, una relación dialéctica es siempre bidireccional: el suceso discursivo está moldeado por las situaciones, instituciones y estructuras sociales, pero a su vez les da forma”.

(Fairclough y Wodak, 2000: 367)

Ahora bien, esta relación dialéctica, que consiste en el arte de la discusión y del diálogo a través de preguntas y respuestas, que va pasando de una situación determinada o otra que es contradictoria, hasta que se alcanza una última instancia que es satisfactoria, necesariamente debe ser bidireccional para poder cumplir con su objetivo esencial. No obstante lo anterior, con el discurso político este tipo de diálogo - que implica una conversación de a dos para efectos de llegar a un consenso - muy raras veces se logra alcanzar, por cuanto, la asimetría que prima en la relación “político-persona común” tiende a permanecer fija e inalterable, imposibilitando una relación dialógica armónica y satisfactoria, ya que la lógica que usa el político - que aparece como más poderoso por el poder con el que está investido - corresponde a “su” propia lógica y no a la de dos personas distintas intercambiando ideas en un mismo plano de igualdad.

Lo anterior, en el sentido de lo que expresa claramente van Dijk (1999: 26), cuando dice, que aquellas personas o **“grupos que controlan los discursos más influyentes tienen también más posibilidades de controlar las mentes y las acciones de los otros”**. Es por todos conocidos la enorme influencia que ejercen los medios de comunicación escrita y visual sobre la opinión pública, a tal grado que a los medios de comunicación se los considera el cuarto poder, junto al ejecutivo, legislativo y judicial.

Al respecto, acotemos en forma breve, que a través de la manipulación de la información contenida en ciertos periódicos de gran circulación y con gran poder de influencia, éstos han sido capaces de lograr que determinados países hayan terminado por declararle la guerra a otras naciones soberanas, sólo por el contenido tendencioso y artificioso de los mismos, puestos a circular, justamente, para lograr ese fin: iniciar una guerra de conquista. Tal es el grado de poder del que dispone un grupo muy reducido de personas, pero con gran

nivel de influencia. En todo caso, un ejemplo positivo - si bien poco habitual - de tal poder lo constituye el caso del diario norteamericano Washington Post, el cual, a través de su dueña, Katharine Graham y su equipo de periodistas, logró desenmascarar, y luego obligó a renunciar a su cargo (como una forma diplomática de evitar la destitución forzada - o *impeachment* - a través del Congreso), por primera vez en la historia democrática de esa nación, a un presidente americano, demostradamente “mentiroso y truhán”, por no decir derechamente delincuente: el señor Richard Nixon. Sólo basta con traer a la memoria el bullado escándalo de Watergate. De ahí también todas las derivaciones floklóricas de los diversos “gates” nacionales: Mopgate, Piñeragate Chilerecortegate, Jarróngate (o Korfogate), Efegate, Codelcogate, Concóngate, Gendarmeríagate, etcétera. La inmensa sabiduría del ingenio popular: el uso irónico del humor o del humor crítico, como un mecanismo de defensa comunitario para hacer menos insufrible las vivencias de estar siendo esquilado a ojos vista.

Interesante de señalar al respecto, es que, de acuerdo con Cepeda y Mujica (1998: 21), en el momento que alguien “emite un mensaje, no sólo es importante el significado de lo que se dice, sino que también la intención explícita o implícita de identificación” del sujeto que lo envía. Las mismas autoras agregan a continuación, que “la importancia de la información de las estructuras formales en el discurso depende de las condiciones locales de interacción para la asignación de la significación semánticas de lo que se dice en eventos discursivos específicos”.

En este punto se hace necesario acotar el significado de algunos de los conceptos utilizados, y acudir a las apreciaciones de van Dijk respecto del sentido del concepto “discurso”, por cuanto, este investigador expresa en uno de sus artículos, que el concepto discurso:

“Puede significar un evento comunicativo específico, en general, y una forma escrita u oral de interacción verbal o de uso del lenguaje en particular. ‘Discurso’ se utiliza a veces en un sentido más genérico para denotar un tipo

de discurso, una colección de discursos o de una clase de géneros discursivos, por ejemplo, cuando hablamos de ‘discurso médico’, de ‘discurso político’ o de hecho de ‘discurso racista’.

(van Dijk, 2001: 2)

Van Dijk es muy enfático cuando reitera que las élites (del tipo que sean e independiente de la ideología a la cual adscriben) desempeñan un rol particular en el proceso de reproducir ciertos planteamientos discursivos que les serán favorables a sus posiciones y planteamientos, avaladas por el hecho de disponer de una especial accesibilidad “a las formas más influyentes de discurso público - a saber, de los medios de comunicación de masas, de política, de la educación, de la investigación y de las burocracias - y su **control** sobre ellos” (van Dijk, 2001: 4). Este mismo investigador complementa dicha información, afirmando que estas élites serían precisamente aquellos grupos de la sociedad que tendrían “más que decir” (y esperar) que otros estamentos sociales, razón por la cual tendrían, asimismo, un “acceso preferencial a las mentes del público general”. Este estudioso destaca además, que en su calidad de “líderes ideológicos de la sociedad, ellos establecen valores, metas y preocupaciones comunes; formulan el sentido común como también el consenso, tanto a nivel de individuos como también a nivel de líderes de las instituciones dominantes de la sociedad”. A través de los ejemplos, acciones, discursos y actos mostrados hasta ahora, nos podemos dar cuenta que las palabras de este investigador resultan ser casi proféticas.

Complementando lo anterior, Pilleux (2001) tiende a hacer mucho énfasis en la competencia comunicativa de las personas, pero dentro de un determinado marco de referencia. Tanto es así, que este estudioso plantea que “sólo puede existir el análisis del discurso con un *corpus* obtenido a partir de datos empíricos, ya que el uso lingüístico se da en un contexto, es parte del contexto y, además crea contexto” (Pilleux, 2001: 151).

De ahí la necesidad de acumular la suficiente cantidad de información y datos empíricos (que en este caso particular serían las conductas reales,

documentadas en forma gráfica y periodísticamente, que muestran aquellos que emiten los diversos discursos), los que aparecen profusamente en las publicaciones regulares de diarios y revistas de circulación tanto nacional como internacional, con el objetivo de reunir el *corpus* necesario para el análisis respectivo, y entregar así los fundamentos de ciertas hipótesis y afirmaciones que se puedan hacer en una determinada investigación, tal como se está haciendo en este caso, por cuanto todas las acciones, conceptos, actuaciones, imágenes, relatos que se han entregado en este escrito han sido expresadas por los mismos actores, o bien, han sido citadas al pie de la letra, por quienes escriben los artículos acerca de estas personas y grupos ideológicos.

Por su parte, Leal (2008) plantea que:

“Es en el contexto que los participantes humanos parecen ser elementos cruciales del contexto, y también lo son algunos de sus roles de acción, tales como ser hablantes o receptores de actos verbales; tales como ser hombre o mujer, joven o viejo, tener poder, autoridad o prestigio. Consideraremos que estas propiedades son contextuales porque pueden influenciar en la producción o en la interpretación de las estructuras del texto y del habla”.

(Leal, 2008: 139)

Todos estos planteamientos comienzan a adquirir significado en cuanto a las implicaturas que subyacen en estas “incógnitas” discursivas que emiten, en general, los políticos de cualquier país que quiera considerarse, especialmente, cuando recordamos lo expresado por van Dijk (2001, 2006, 2011) en el sentido que las élites políticas, económicas, mediáticas, corporativas, etc., tienden a controlar aquellas dimensiones y decisiones más relevantes en la vida cotidiana de los grupos minoritarios (o de los grupos con menos poder), **reteniendo, ocultando, distorsionando y manipulando cierto tipo de información valiosa en la toma de decisiones**, o en la emisión de determinadas normas o conductas, razón por la cual, en diversos textos relacionados con el ACD, se plantea que los investigadores y estudiosos de esta disciplina deberían,

necesariamente, **adoptar una clara postura crítica y de defensa a favor de los grupos abusados o de las minorías discriminadas por dichas élites de poder.**

Al respecto, es preciso consignar algunas apreciaciones de Contreras (2008: 1) cuando plantea que la elección de un determinado tipo de discurso “se realiza de acuerdo con unos parámetros contextuales que incluyen la *situación*, los *propósitos* de quien la realiza y las características de los *destinatarios*, entre otros”. Contreras, junto con señalar las cualidades de complejidad y heterogeneidad del discurso, termina enfatizando que los parámetros antes enunciados “son de tipo cognitivo y sociocultural, son dinámicos y pueden estar sujetos a revisión, negociación y cambio” (Contreras, 2008: 1). Luego de leer el párrafo anterior, la esperanza que permanece en la conciencia del que busca cuestionar las apariencias y complejidades de los discursos, es la posibilidad de lograr (o también forzar) un cambio en el desarrollo y secuencia de los hechos, y que el resultado final de éstos, más que seguir dañando y perjudicando la interacción entre las personas en favor de unos cuantos elegidos, alcance a beneficiar a la mayoría.

Por otra parte, se hace necesario atender a lo planteado por Contreras (2008: 2) en cuanto a la urgente necesidad de “adentrarse en la red de relaciones sociales, de las identidades y de los conflictos” de interés que se producen entre los diversos actores sociales, para efectos de poder “entender cómo se expresan los diferentes grupos en un momento histórico, con unas características socioculturales determinadas” y por qué razón emplean determinadas estrategias para efectos de influenciar (favorablemente para ellos) el ambiente social y político.

Bajo esta perspectiva, se hace recomendable acudir a la visión de este investigador en torno al significado que adquiere el análisis del discurso, por cuanto, para este estudioso, el análisis del discurso se **“puede entender como un instrumento de acción social, ya que permite develar los (ab)usos que, desde posiciones de poder, se llevan a cabo en muchos ámbitos de la interacción social y que se plasman en el discurso: estrategias de ocultación, de negación o de creación de conflictos”** (Contreras, 2008: 4),

desde donde se podría inferir, que en muchas ocasiones, estos ‘conflictos’ también pudieran adquirir una calificación de artificiales y funcionales, que servirían muy bien a los intereses de aquellos que - por alguna razón específica - los han creado. El ejemplo más dramático de esta realidad, por antonomasia, es el uso artificioso en Estados Unidos de Norteamérica del tema del “terrorismo” en contra de la propia población, un factor tremendamente desestabilizador, donde ya ni siquiera resulta posible poder descartar la comisión de estos actos tan deleznable y condenables, por **parte de las propias agencias de seguridad interna de una nación, con el objetivo final de obtener más medios, recursos y poder**. Existe una frase muy significativa al respecto de esto último, atribuida a Niccoló Machiavelli, autor del conocido libro “El Príncipe”, entre el siglo XV y XVI, que expresa que el poder corrompe, y que el poder absoluto corrompe absolutamente.

Por lo tanto, en consideración a lo planteado hasta aquí, es posible concordar con el investigador Manuel Contreras S. (2008: 4), quien plantea que el “análisis del discurso se puede convertir en un medio valiosísimo al servicio de la crítica y del cambio, a favor de quienes tengan negado el acceso a los medios de difusión de la palabra, de manera que no sólo se escuchen los discursos dominantes”. Es decir, en la medida que se disponga de una mejor y mayor cantidad de información que sea clara, libre de prejuicios, insinuaciones, manipulaciones y de distorsiones, tanto mejor y más libremente podrán, en general, actuar los diversos individuos y grupos sociales de una nación cualquiera.

#### **4. EL PROCESO ANALÍTICO: EL DESCUBRIMIENTO DE LA INCOHERENCIA**

El proceso de análisis implica, necesariamente, entre otras cosas, sopesar los términos y conceptos utilizados por estas personas, y también, como muy bien lo expresara el teórico de la comunicación Neil Postman: “**descubrir mentiras, confusiones y generalizaciones exageradas, detectar malos usos de la lógica y del sentido común**”, con el objetivo de poner en evidencia estas

distorsiones y engaños, y ojalá exponerlos frente a la opinión pública, de manera tal, que ésta pueda defenderse y poner coto a la expoliación, el engaño y al abuso del poder por parte del grupo dominante.

En un análisis más integral e interdisciplinario (o transdisciplinario si se quiere, en el sentido de van Dijk), también se debe, necesariamente, acudir a la ayuda y apoyo de otras disciplinas, como la Psicología, ciencia que estudia la mente del individuo y sus efectos en la corporalidad de las personas, la cual, nos permite entender y explicar los efectos nefastos que tiene en la salud mental y orgánica de la población, el hecho de detectar, descubrir y verificar **cuándo, cuánto y cómo se les ha mentado a las personas por parte de ciertos referentes sociales**, como habitualmente sucede con esta estirpe tan particular - y en quienes la gente ha depositado su confianza -, para finalmente constatar, que muchas veces, estos sujetos sólo buscan cumplir con una única agenda oculta: llegar al pináculo del poder y, ojalá, no soltarlo nunca más, sin importar, si estos referentes o grupos sociales pertenecen - como ya se indicara al inicio de esta ponencia -, al espectro político de la derecha, de la izquierda o de centro.

Habiendo leído varias decenas de artículos relacionados con el tema del Análisis Crítico del Discurso, personalmente, no he logrado encontrar (hasta ahora por lo menos) muchas investigaciones que intenten vincular (o extender) dicho análisis con (o hacia) las nefastas consecuencias a nivel de salud mental y física de la población general, que está expuesta a recibir los reiterados “misiles verbales emocionales” y a sufrir los múltiples actos deshonestos propios de este grupo tan particular como lo es la clase política. El ya mencionado Laborda en su libro “Análisis crítico del discurso político: lágrimas de cocodrilo y otros contratos comunicativos” plantea que él ha escogido ciertos discursos políticos para su análisis movido por “ciertos efectos de la comunicación: curiosidad, desasosiego, compunción y embeleso” (Laborda, 2008: 4). No obstante lo anterior, esta declaración resulta ser - desde mi punto de vista - un tanto insuficiente para contener y expresar la gama completa de emociones que puede experimentar un determinado sujeto, ya sea, a través de escuchar un determinado discurso (del tipo que sea), sostener una conversación que sea significativa para él, o bien, mantener un diálogo de interés mutuo con alguna otra persona.

Daniel Goleman (2007), un experto mundial en el tema de las emociones y de la inteligencia emocional, plantea en forma clara y precisa, que en múltiples ocasiones la racionalidad es guiada, y a veces inundada y desbordada, por los sentimientos y emociones. Baste decir, sólo a modo de comentario adicional en la materia que se quiere analizar, **que emociones tales como la rabia, la impotencia, la ira y el resentimiento que experimentan las personas a raíz de sentirse engañadas por estos conspicuos personajes, puede generar - en forma probada - entre otros efectos tremendamente dañinos para la salud de un individuo, la elevación de la tensión arterial, la aceleración del pulso cardíaco, trastornos emocionales diversos, todo lo cual, puede culminar, junto con una depresión, incluso en un infarto cardíaco.**

Cuando un efecto negativo se mantiene por mucho tiempo actuando sobre la salud de una persona, cronificándose dicho estado, se puede producir lo que se llama la debacle orgánica, a través de una caída sistemática de las defensas del organismo, quedando expuesto el individuo a todo tipo de enfermedades, infecciones y trastornos, incluyendo la enfermedad del cáncer. Un experimento realizado por un investigador japonés nos puede dar más luces sobre el efecto que las emociones pueden tener sobre las células y los átomos de un determinado elemento. Este científico tomó distintos recipientes de agua a los cuales sometió a un curioso proceso experimental: a algunos recipientes conteniendo agua los expuso a los efectos de música clásica, a otros los expuso al efecto de repetidas frases conteniendo emociones y palabras de afecto y cariño, en tanto que a otro de los recipientes lo sometió al efecto reiterado de emociones altamente negativas de ira, rabia, enojo, etcétera. Para sorpresa del investigador, los recipientes con agua sometidos a los sonidos, vibraciones y efectos de la música clásica, así como a las emociones positivas, mostraban bajo el microscopio una estructura molecular tremendamente armoniosa y bella a los ojos del observador, en tanto que al proceder a observar el recipiente con el agua expuesta a las vibraciones de los insultos y emociones negativas, la observación bajo el microscopio entregó un resultado extraordinariamente desconcertante: la estructura molecular de esa agua aparecía en condiciones miserablemente disarmónicas y horribles de mirar por parte del observador

atento. La conclusión del experimento no deja de sorprender y tampoco deja a nadie indiferente: las emociones - sean éstas de carácter positivo o negativo -, tienen un efecto directo, observable, medible y registrable sobre la composición molecular de la materia, no importando si ésta tiene vida o no. Hay algunos investigadores como Ewan Morris Walker, que plantean incluso, que “cada partícula del universo posee conciencia” (en Quintana de Uña, 2004: 2008).

El sentido último que tiene señalar este experimento, es hacer una analogía con el cuerpo humano, por cuanto éste está compuesto por más de un 70 por ciento de... agua, por lo tanto, nada nos cuesta imaginar el efecto desestabilizador y destructivo que puede ejercer la recepción y descarga sobre nosotros de las emociones negativas de terceros a través de repetidos actos deshonestos, y de múltiples misiles verbales y emocionales, tales como descalificaciones, humillaciones, mentiras, manipulaciones, frustraciones, etcétera, por parte de individuos que nosotros consideramos nuestros modelos y referentes sociales: padres, profesores, empresarios, militares, sacerdotes y... los políticos con sus discursos, ya sea del tipo manipulador, incendiario, hipócrita o carente de coherencia y transparencia. (Y qué peor enemigo externo que estar sometido al bombardeo constante de un discurso político demagógico, manipulador y poco transparente).

Sabemos que el objetivo principal del ACD es entender cómo y de qué manera el discurso contribuye a la reproducción de la desigualdad y la injusticia social. También sabemos que existen ciertos grupos de élite que lo que buscan, a través de múltiples actividades propagandísticas es mantener ciertos privilegios y situaciones beneficiosas para ellas, ya sea en términos de la cantidad de poder, dinero, cantidad de tierras o lo que sea que cada grupo elitario busque para sí. Un ejemplo que se esgrime como clásico para nuestro país lo constituye el tema de los pueblos originarios, especialmente el del pueblo mapuche, ya que diversas voces que surgen de diversos sectores nacionales, incluyendo al propio Estado chileno, optan por mirar al movimiento mapuche, catalogándolo como un puro accionar terrorista y nefasto para la imagen país, las inversiones externas y la tranquilidad y la paz interna. Esta postura, que parece distinguir sólo en color blanco y negro, genera, de acuerdo con García y

Sanhueza<sup>4</sup>, un alto nivel de “ira, descontrol y emoción de injusticia en esa etnia”, haciéndose de una manera patente “caso omiso a su historia como pueblo”, distorsionando, manipulando y, muchas veces, ocultando a conveniencia parte de la verdad y de la historia vinculadas a estos grupos étnicos.

Hay que tener presente, que de acuerdo con Eugenio Tironi, un experto en comunicación estratégica, con el tiempo, la noción de propaganda ha ido “adquiriendo una connotación negativa” y se la ve ahora “como una actividad deshonesto, manipuladora, orientada a lavar el cerebro de las masas” (Tironi y Cavallo, 2004: 17).

¿En qué consiste la metodología usada durante siglos por esta estirpe tan especial? Hacer (sin medir las consecuencias de sus actos y dichos) innumerables promesas que en escasas ocasiones cumplirán; elevar cientos de cantos de sirenas (que estarán muchas veces plenos de mentiras y engaños); usar un discurso retórico y demagógico (y en ocasiones incluso perverso) que sólo crea un sinfín de frágiles pompas de jabón.

Al respecto, digamos de partida, que la manipulación se define como aquel acto, que permite que un sujeto (o grupo de individuos) a través de ciertas operaciones y actividades, obtenga un determinado resultado favorable para aquél (o aquellos) que los realiza.

Si nos remitimos tan sólo a los epítetos discursivos que utilizan los políticos chilenos para referirse y calificar “cariñosamente” a los de su misma clase... pero de distinta tienda (o sub-ideología), se detecta fácilmente una docena de ellos que se leen (se escuchan) y se repiten profusamente, una y otra vez, hasta la saciedad en todos los diarios y revistas de circulación nacional (y también internacional, con sus propias y particulares acepciones y adaptaciones semánticas) - en una verdadera muestra sinfónica de incontinencia verbal por parte de nuestro “*homo politicus chilensis*” -, cuyos adjetivos y substantivos van dirigidos, como en un juego de ping-pong, de un grupo político al otro, tales como por ejemplo: “ladrones”, “plagiadores”, “sinvergüenzas”, “ineptos”,

---

<sup>4</sup> Artículo aparecido en el diario La Tercera el 20 de enero de 2008.

“pequeños”, “corruptos”, “farsantes”, “mentirosos”, “payasos”, “vampiros”, “chupasangres”, etcétera.

En estricto rigor, al final no se sabe quién es quién, ya que muchas veces el epíteto utilizado tiene un carácter amplio, inclusivo y de conjunto, lo que significa que un determinado “apelativo calificativo” se extiende a todo el grupo completo a partir del sujeto que ha sido distinguido con tal honor lingüístico. Estos conceptos - denigrantes y poco edificantes - que vuelan de una camarilla a la otra, son lanzados abiertamente ante un público un tanto atónito y desconcertado, que está observando y escuchando atentamente, como si esta letanía de improperios fuera “la puesta en escena de una obra de teatro repetitiva, bochornosa y de tercera categoría, donde se hace claramente evidente la práctica a destajo del llamado ‘canibalismo político’ o cuasi antropofagia” (Lotito, 2008: 62).

Con esto a la vista, surge, necesariamente, una nueva pregunta: ¿es a esta situación de denostación y descalificación mutua (y pública) a la que se apunta cuando se buscaba aprobar el famoso proyecto de mejoramiento de la “calidad de la política” *chilensis*? Ni siquiera hagamos mención de los regulares encuentros pugilísticos de estos señores, o el generoso ofrecimiento de puñetes, patadas y manotazos que se hacen unos a otros cuando están con exceso de energía, o no han tenido espacio ni tiempo suficientes para gastar dichas energías realizando algunas de las famosas tertulias chabacanas con entusiastas y ardorosos “bailes del Koala” incluido.

A raíz de este lastimoso y vergonzante espectáculo dado por nuestros honorables en el Congreso fue que se decidió contratar una asesoría por varias decenas de millones (40,5 millones para ser precisos) con la empresa de Marketing y Comunicaciones de Tironi y Asociados con el fin de “mejorar” la pobre imagen de la Cámara de Diputados. Esta imagen real, que llega a millones de televidentes y público en general - y que reveló la presencia masiva de parlamentarios con bailarinas ligeras de ropas -, caricaturiza y denigra el trabajo serio y responsable que se espera de quienes fueron elegidos para tan altos cargos. Esta muestra de destreza “koalística”, es, probablemente, lo que llevó a la periodista Angélica Bulnes a expresar que ella “antes pensaba que el

Congreso era un lugar al que una serie de personas con algo de vocación pública iban a trabajar. Ahora, estoy convencida de que es una especie de circo”. Una opinión seca y categórica, sin doble lectura.

Otro de los espectáculos que debió soportar la ciudadanía son los 2,3 millones de pesos que desde junio del 2006 recibieron mensualmente - en forma adicional a su dieta parlamentaria - cada uno de los ilustres senadores, cuyo objetivo inicial era la “contratación de profesionales que apoyaran y ayudaran a mejorar la función legislativa” de los senadores (hasta mayo de 2008 se habían gastado más de ¡1.200 millones de pesos!). Lo lamentable de esta situación, es que dichos senadores terminaron ocupando estos fondos extras para contratar asesores de prensa, cubrir gastos personales, apoyar su trabajo territorial e incluso, para pagar abogados que los defendieran en los juicios de desafuero por incumplimiento grave de los deberes propios de su cargo o por injurias y otras menudencias de similar tenor, esgrimiendo como argumentos que requieren de estos servicios para poder cumplir a cabalidad con sus labores parlamentarias.

Bajo la lógica de este predicamento se podría justificar el tratamiento psiquiátrico de la propia cónyuge como una forma de tener la paz y tranquilidad necesaria para desempeñarse en sus funciones en forma adecuada. Una lógica tortuosa y desconcertante. Cuando se les pregunta a algunos de los mismos legisladores por una explicación a estas extrañas y variadas formas de invertir los dineros de todos los habitantes del país, su pronta - y, otra vez, algo rebuscada respuesta - es que “no podría decir que existen irregularidades, pero sí que se ha **desnaturalizado** la idea original”. El parlamentario Sergio Romero, que fue quién emitió estas expresiones - y que fue el único senador que renunció a su asignación y no la usó nunca -, parece olvidar que una de las acepciones del uso de la palabra “desnaturalizado” está referido a aquel sujeto que no cumple con los deberes que le impone la naturaleza a los padres, hijos, hermanos, etcétera, y a toda otra figura de autoridad o que sirva de referente para los demás.

Con ello, volvemos a foja cero, por cuanto busca usar algún tipo de eufemismo que tenga un dejo acusatorio, pero que al mismo tiempo, no sea tan

condenatorio. No olvidemos que él pertenece al mismo grupo que está acusando (y de alguna forma, también condenando), pero hacerlo abierta y claramente significaría echarse en contra a 37 honorables y poderosos senadores que sí han hecho uso (y también abuso) de estos dineros extras que, entre otras rarezas legislativas, fueron auto asignados... por ellos mismos. La hipótesis explicativa más recurrente es que los políticos tienden a cuidarse mucho entre ellos, terminando por despertar grandes sospechas y mucha suspicacia entre quienes los observan atentamente.

## **5. LOS OBJETIVOS Y FINALIDADES DE ESTOS GRUPOS IDEOLÓGICOS. ALGUNAS CONCLUSIONES.**

Es un hecho conocido por todos aquellos que escuchan a estos “animales políticos”, que muchas de las promesas que hacen con tal de obtener el codiciado voto de los ciudadanos son tan vagas y amplias, que toda persona puede percibir e interpretar, individualmente, lo que ella quiere (“¡casas para todos!”, “becas para todos”, “salud integral para todos”, “¡trabajo seguro para todos!”, “¡sueldos dignos para todos!”, y así sucesivamente), sin detenerse a pensar, ni siquiera por un minuto, el terrible daño que estas promesas vacías, a la larga, pueden provocarle a un país y a su gente. Esta es una de las razones por las que Fara habla sin ambigüedades de “países secuestrados y prisioneros” de su clase política.

Otra manera extendida que tienen estos grupos de cuidar sus posiciones de poder e influencia es posicionando a otros militantes de sus filas en altos puestos de poder (aunque sea a punta de los obligados y ya recurrentes cuoteos políticos), sin importar si éstos sujetos son honestos y competentes en lo que hacen: de lo que se trata es de poner personas que sirvan a sus intereses, siendo los principales medios e instrumentos para ello el uso (y abuso) de los recursos, estructura y gran aparato estatal por intermedio del amiguismo, del pitutismo, del padrinazgo, del compadrazgo, del partidismo, del nepotismo, de la camarilla y del caudillismo encubridor. A través de estas fórmulas, currículas (algo “infladas”) y cartas de presentación se completan y copan muchos de los

puestos disponibles (o asesorías inventadas) en las instituciones del Estado (empresas estatales, reparticiones públicas, consulados, embajadas, comisiones especiales, etc.) con sujetos, muchas veces, derechamente incompetentes, mentirosos compulsivos, mediocres o simplemente delincuentes, lo que luego, naturalmente, dará pie para que se produzca una seguidilla de casos de corrupción que implicarán las llamadas “faltas a la probidad”, la “apropiación indebida de fondos públicos”, el “desorden administrativo” y las hoy, tan de moda, irregularidades conocidas bajo el nombre de “malversaciones de fondos”, etcétera, que constituyen una serie de eufemismos que utilizan los gobiernos de turno (de todos los espectros, colores y épocas) para suavizar y esconder el latrocinio político, el despojo económico, el despilfarro sin freno ni control, el hurto reiterado y los desvíos multimillonarios de los dineros de todos los chilenos hacia los bolsillos indebidos de unos pocos escogidos (Lotito 2008).

Si en forma posterior - por la propia torpeza o por un descuido involuntario - algunos de estos sujetos “son sorprendidos *in fraganti* y con las manos en la masa (otro eufemismo más en uso), entonces todos los coludidos e implicados en el evento saltan - en masa y automáticamente - a la arena a blindar, estilo tanque alemán al sujeto pillado”, privilegiando la lealtad partidaria por sobre la probidad nacional, para posteriormente, utilizar las ya famosas y trilladas defensas corporativas ante la opinión pública, presentándolo ahora:

“Como una ‘buena persona’, como una ‘pobre y desvalida víctima’ del otro bando político, que lamentablemente, cometió ‘sólo’ un pequeño error administrativo. Pero nunca permitirán que se señale a esta persona como lo que realmente es: un vulgar sinvergüenza, o, en el mejor de los casos, un sujeto incompetente, que ha causado mucho perjuicio económico y daño en su entorno, así como en la salud mental y en el estado anímico de la población. (Daño, que por lo demás, termina por hacerse acumulativo). Basta con que cada uno de nosotros analice lo que le sucede al propio organismo cuando comienza a enterarse de este tipo de escándalos e ilegalidades: la sangre hierve, se eleva la presión arterial, se agita la respiración, los latidos del corazón se aceleran, la ira comienza a aflorar y vienen las ganas de

lanzar una sarta completa de impropiedades (y otras cosas más) contra los causantes de la tensión física y mental que han provocado en la ciudadanía”.

(Lotito, 2008: 59)

Aquellos que ostentan el poder comienzan (y terminan) por autoconvencerse que el estado son ellos, y que este mismo hecho les otorga el privilegio y el derecho para administrar y gerenciar al país como otro feudo o fundo familiar más. El ex diputado PPD Jorge Schaulsohn, acusado de haber participado como lobbysta (o cabildero), es decir, como aquél sujeto que lleva a cabo ciertas gestiones (o intrigas, en su connotación más negativa), con el objetivo de ganar las voluntades y favores de los miembros de una corporación, tiene mucho que decir al respecto. En relación con una serie de irregularidades detectadas en diversas reparticiones del estado declaró en una entrevista que **“es un síntoma más de que la probidad anda mal en el gobierno y es fruto de una actitud tolerante por parte de la Concertación en los últimos años, desde justificar el caso MOP Gate hasta blindar a las personas que aparecen comprometidas”** en muchas de estas irregularidades (Diario La Tercera, 22 de junio de 2008).

En uno de mis escritos yo planteo que:

“El ámbito político - y da lo mismo que se trate de gente perteneciente al ala de izquierda, de centro o de derecha - es el único ruedo de la sociedad moderna, donde, en lugar de señalar (y condenar sin contemplaciones las ilegalidades detectadas), la doctrina que prima generalmente, es la de justificarlas a través de una nueva y poderosa ley recién inventada y promulgada: la llamada “ley de los empates”. El pensamiento rector es: “Ya que tú robaste 100, yo estoy habilitado para robar por lo menos 50. ¡Y además, me quedo con la conciencia tranquila!”. Similar efecto, se logra por intermedio de la nunca bien ponderada “ceguera voluntaria, arbitraria y selectiva” ante hechos claramente injustos y repudiables, con todos los involucrados en el acto malicioso mirando, coordinadamente, para el otro lado, o tratando, en forma hipócrita, de justificar lo injustificable”.

(Lotito, 2008: 61)

La gran contradicción que se advierte entre aquello a lo que se ha reducido el discurso político y lo que debería ser - según el espíritu y la visión primigenia del concepto de política - es demasiado grande como para no caer en cuenta acerca de esta desconcertante realidad. Supuestamente, la ideología política y sus principios valóricos nacen con el objetivo final de redimir y salvar al hombre de la brutal ley de la selva a la que se ve expuesto en forma habitual el individuo (las constantes y sangrientas guerras a través de toda la historia de la humanidad dan fe de ello), buscando, de alguna forma, una regulación de los instintos del ser humano, que por naturaleza, parece ser más propenso al egoísmo personal que al altruismo comunitario. Tanto es así, que en su versión más perversa, la política (o politiquería), por intermedio de sus más conspicuos representantes directos, reafirma y termina por legitimar el egoísmo, la indiferencia y la ley (no escrita) del más fuerte y del más violento por sobre aquél más débil e indefenso.

Al parecer, al final de nuestra historia, prevalecerá con toda su fuerza y magnitud la célebre frase dicha ya hace más de cinco siglos por uno de los funcionarios más célebres al servicio de los príncipes y políticos de la Edad Media, Niccoló Machiavelli: “El fin (parece que sí) justifica los medios”.

Tanto es así, que algunos senadores, asesores gubernamentales (y quizás cuántos más) no tienen ningún empacho en copiar (inventar o falsificar) textos íntegros desde Internet (con faltas ortográficas y modismos extranjeros incluidos) para efectos de presentar nuevas “leyes”, “asesorías brujas” o “proyectos” para el país, y hacerlos pasar como propios, sin haberse dado la molestia de modificarles, por lo menos, una coma. Uno de los casos más patéticos lo representa el “honorable” senador de la República por la VIII Región Alejandro Navarro, quien copió información textual del sitio Web Wikipedia, con el “loable” propósito de elaborar y hacer pasar como suyo un proyecto de ley que permitiese restringir el uso o desarrollo de la nanotecnología, y aparecer así un poco más inteligente ante sus pares. Sin embargo, parece que varios de sus colegas junto con algunos periodistas de Canal 13 de televisión no lograban convencerse de esta súbita y repentina brillantez del senador. Con justa razón,

ya que al hacer correr algunas frases claves del proyecto a través de los motores de búsqueda de internet, rápidamente pusieron en evidencia al honorable plagiador, en cuyo proyecto de ley se advertía que varios de los siete artículos que conformaban su brillante iniciativa eran en realidad exactamente iguales a los contenidos del sitio Web mencionado, sin que en ninguna parte se citara la fuente de tanta sabiduría. Peor aún: el honorable fue tan incompetente en su accionar, que ni siquiera eliminó los errores ortográficos que contenía la página, y tampoco los subrayados y enlaces a otros temas. Luego de ser pillado *in fraganti*, su férrea defensa consistió en señalar que él no “había cometido ninguna transgresión al Senado” ni tampoco a sus leyes, ya que en los reglamentos del Senado no está estipulada ninguna amonestación a un parlamentario de la República que se dedique a copiar leyes de internet para luego ser aprobadas y aplicadas a la propia nación.

Por lo demás, tampoco faltaron las defensas y blindajes corporativos desde las filas de su propio partido aduciendo que el cuestionamiento a dicho honorable era “superficial”, así como de “superficial” era el debate que se había generado en torno a esta situación. Queda bastante claro, que con este tipo de declaraciones y defensas cerradas por parte de sus correligionarios se termina por enterrar bajo un manto de puras apariencias la sinceridad, el recto actuar y la honestidad de todas aquellas personas (o grupos políticos) que pretenden regir - de acuerdo con sus propios predicamentos - en forma justa, transparente y adecuada los destinos de una nación, con las consecuencias que ello genera en el público atento: rabia, impotencia, sentimiento de injusticia flagrante.

Algo parecido sucede con algunas empresas estatales, que para muchos observadores se habrían convertido en una suerte de “cajas pagadoras de favores políticos” o como una fórmula para incrementar los ingresos mensuales de ciertos funcionarios públicos y correligionarios a través de sesudos y elaborados informes... copiados íntegramente de internet. Uno de los casos más emblemáticos es el de una asesoría hecha, a la largamente cuestionada Empresa de Ferrocarriles del Estado, por el asesor Patricio de Gregorio, quién, por un informe realizado por medio del sistema *Copy & Paste* recibió la no despreciable cifra de 14,4 millones de pesos: sólo le bastó colocar su nombre, ya

que mantuvo los colores, el diseño, el estilo e incluso - lo que no deja de sorprender - hasta el logotipo del autor original de dicho documento. A partir de la elevada suma que pagó EFE a este asesor, su informe debe haber sido considerado por la plana gerencial de la empresa estatal un verdadero *bocciato de cardinale*.

El doble estándar resulta evidente para cualquiera que lo quiera ver (excepto ellos mismos), así como visible es también la vara retráctil con que se miden entre ellos, por cuanto, la acción de copiar, sin citar (por lo menos) las fuentes desde donde se obtuvo la información constituye una grave infracción a la ética, la que está consignada en los reglamentos de todo establecimiento educacional, y al estudiante universitario que es sorprendido en tal acción le corresponde una nota 1.0, así como reprobación de la asignatura en cuestión.

Por lo tanto, las preguntas que surgen son varias: ¿dónde queda “el recto actuar” de este y otros parlamentarios? ¿Qué pasa con la verdad y la honestidad con que dicen proceder en nombre de la ciudadanía? ¿Qué señal mandan, tanto el infractor como los defensores del infractor, a los niños, jóvenes, estudiantes y demás ciudadanos y habitantes de un país? ¿Con qué moral le piden a los demás demostrar valores que ellos mismos no están dispuestos a entregar - en cuanto a rectitud, transparencia y honorabilidad - a pesar de todos sus discursos públicos de lo contrario? ¿Qué se debe hacer con la esperada - pero no siempre concretada - coherencia entre el decir y el hacer? ¿Entre el discurso y la *praxis*? En definitiva, entonces, ¿el fin sí justifica los medios? Por cómo *actúan* muchos de los representantes políticos - algunos de cuyos ejemplos se han expuesto y analizado en este artículo -, pareciera que la pregunta deberá responderse con un lamentable “Sí”.

En este último ámbito de acción, caracterizado por una supuesta y esperada relación entre el decir y la *praxis* (o *el hacer*) encontramos al **discurso ético-político**. Este nuevo tipo de discurso estaría implicado en lo que podemos denominar como la resolución de los conflictos de intereses (o derechamente los conflictos de poder), sin importar desde donde éstos surjan: economía, empresa, gobierno, política, religión, ámbito militar, etc.

Cualquier sociedad que se quiera analizar y estudiar, estará inevitablemente marcada por una colorida y diversificada constelación de conflictos, por lo tanto, el discurso ético-político debe, necesariamente, apuntar a cómo se debe proceder para poder resolverlos. En un contexto donde prime la “democracia”, tal discurso debiera estar orientado a permitir un **debate abierto, equilibrado en poder y libre de presiones ilícitas por parte de los grupos privilegiados.**

Por lo tanto, el discurso ético-político encarna un tipo de lenguaje (y su complemento de la acción propiamente tal) que debe estar basado en ideas, preceptos y reglas que permitan debatir en igualdad de condiciones. La pregunta, que nuevamente surge en forma natural, es la siguiente: dadas la realidad y las condiciones que imperan normalmente en un país cualquiera ¿es factible entonces establecer un discurso ético-político en igualdad de condiciones? La duda que se desprende del razonamiento anterior resulta ser más que razonable.

Llegados a este punto, debemos preguntarnos ¿dónde queda nuestra propia responsabilidad en relación con todos estos hechos, actos, discursos, situaciones y acontecimientos que se han señalado? Nuestra responsabilidad radica en la necesidad de pasar de ser meros **espectadores** a convertirnos en **activos actores** de la contingencia nacional, para así, dar finalmente el último salto cualitativo: transformarnos en los verdaderos **protagonistas** de los acontecimientos nacionales.

Para ello se requiere un cierto grado de compromiso personal, un genuino interés por lo que está aconteciendo en nuestro entorno y una gran fuerza de voluntad para realizar lo que nos hemos propuesto hacer como personas. Por alguna parte hay que comenzar.

Digamos finalmente, que uno de los grandes objetivos que tiene todo individuo (sea éste un progenitor, un profesor o un mentor) es “**entregarle a la sociedad a la que pertenece, hijos que se conviertan en personas conscientes de sí mismas, autónomas por formación, interdependientes por educación, creativas por estimulación y líderes por inspiración,**

**convicción y pasión”** (Lotito, 2008: 20). Este pensamiento, por lo demás, no excluye a los honorables señores políticos.

**“Hay dos clases de personas en este mundo: las que hacen el trabajo y las que se adjudican el mérito. Trate de estar en el primer grupo. Hay menos competencia”.**

Indira Ghandi

## **OBRAS CITADAS**

- Calsamiglia, Helena y Amparo Tusón. 1999. *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Cepeda, Gladys y Gladys Mujica. 1998. Ejemplo de un análisis crítico del discurso. En *Documentos Lingüísticos y Literarios*, Nº 38: 21-28.
- Contreras, S., Manuel. 2008. *Perspectivas del Análisis del Discurso*. Material de clases. Programa de Doctorado en Ciencias Humanas. Universidad Austral de Chile, Valdivia
- Fairclough, Norman y Ruth Wodak. 2000. Análisis crítico del discurso. En *El discurso como interacción social*. Teun A. van Dijk, compilador. Barcelona: Editorial Gedisa S.A.
- Fisman, R., E. Miguel. 2007. Corruption, Norms and Legal Enforcement: Evidence from Diplomatic Parking Tickets. *Journal of Political Economy*, vol. 115, Nº 6.
- Goleman, Daniel. 2007. *La inteligencia emocional en la empresa*. Barcelona: Editorial Vergara.
- Laborda, Xavier. 2008. *Análisis crítico del discurso político: lágrimas de cocodrilo y otros contratos comunicativos*. Departamento de Lingüística General, Universidad de Barcelona. [www.sant-cugat.net/laborda/](http://www.sant-cugat.net/laborda/) (Accesado: 28 de Mayo de 2008).
- Leal, Alejandra. 2008. *Introducción al estudio del discurso*. Universidad Austral de Chile, Valdivia. (Texto inédito).

- Lotito, C. Franco. 2008. *Estrés: el azote del siglo XXI. Un trastorno transversal que afecta a niños, adolescentes y adultos*. Santiago: Editorial Puerto de Palos.
- Pilleux, Mauricio. 1998. El análisis crítico del discurso. En *Documentos Lingüísticos y Literarios* N° 38: 37-42
- \_\_\_\_\_. ed. 2001. Competencia comunicativa y análisis del discurso. *Revista Estudios Filológicos* N° 36: 143-151.
- Quintana de Uña, Diego. 2004. *El síndrome de Epimeteo. Occidente, la cultura del olvido*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Rothkopf, David. 2008. *Superclass*. Editorial Farrar, Straus and Giroux. Estados Unidos.
- Sanhueza, Horacio y Franco Lotito. 2011. Corrupción y comportamiento ético: ¿un desafío imposible? Una teoría de la corrupción desde la perspectiva de la teoría de agencia. *Trend Management*, Vol. 13, N°14, 176-185.
- Tironi, Eduardo, y Ascanio Cavallo. 2004. *Comunicación estratégica. Vivir en un mundo de señales*. Buenos Aires: Editorial Taurus.
- Van Dijk, Teun A. 1999. El análisis crítico del discurso. *Anthropos* N° 186: 23-36, Septiembre-octubre.
- \_\_\_\_\_. ed. 2001. Discurso y racismo. *Persona y Sociedad*. Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales ILADES. Universidad Alberto Hurtado.
- \_\_\_\_\_. ed. 2003. *La multidiscipliniedad del análisis crítico del discurso: un alegato a favor de la diversidad*. Barcelona: Editorial Gedisa S.A.
- \_\_\_\_\_. 2006. *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona: Editorial Gedisa. S.A.
- \_\_\_\_\_. 2011. *Sociedad y discurso*. Barcelona: Editorial Gedisa S.A.

## **MATERIAL CONSULTADO**

**Publicaciones del Diario la Tercera desde Enero a Septiembre de 2008.**